

—Soy justo.

—El estado de enfermedad en que me hallo.....

—No es un enfermo el que necesitamos en el puesto que ocupas.

Las lívidas mejillas de Johann se animaron imperceptiblemente. Sus ojos se cerraron por un instante, y sus labios temblaron.

Sin embargo, respondió con calma:

—Maestro, hago lo mas que puedo..... Si conoceis alguno mas hábil y mas activo que yo, estoy dispuesto á cederle el puesto.

—Ya veremos eso, David, pronunció friamente Beldemonio. No hay peligro en la demora..... no te creó bastante loco para luchar conmigo..... Cada día tiene su tarea, hablemos de la de hoy..... Por la puerta de tu jardín es por donde has hecho evadir á Felice Tavola?

—No señor, contestó Johann, cuya voz se debilitó un poco.

—Le dijiste, interrogó de nuevo Athol, que la barca de Sansovina tuvo que cambiar de lugar, y que actualmente está estacionada en la Chiaja, frente á la tumba de Virgilio?

—No señor, replicó por segunda vez Johann; no he tenido necesidad de decírselo.

—Lo sabia?

—Lo ignoro.

—Qué quiere decir todo esto! exclamó Beldemonio, fijando en él una mirada llena de sospechas é inquietud. Le habria sucedido alguna desgracia á Felice?

—Maestro, pronunció Johann Spurzheim lentamente y con la cabeza alta; Felice Tavola ha muerto!

XII.

LOS DOS CADAVERES.

BELDEMONIO no aguardaba aquello. El anuncio de esa muerte le causó una violenta impresion. Se puso pálido por un momento, y luego se le hincharon las venas de la frente.

—Lo has hecho asesinar! pronunció tan bajo, que Johann tuvo trabajos para oirlo.

La cólera de aquel hombre era terrible. Pero Johann Spurzheim, esa debilísima criatura que la muerte tenia ya entre sus garras, podía desplegar en ciertos momentos una sangre fria de héroe, y un valor prodigioso.

—Os equivocais, maestro! dijo tranquilamente.

—Sabias que lo amaba..... que era mi brazo derecho y mi mejor confidente.....

—Sí, maestro, lo sabia yo..... lo sabiamos todos.

—Vas á decirme..... ya te adivino, David Heimer..... vas á decirme que los soldados de la guardia no han traído aquí mas que un cadáver.

Johann se sonrió de una manera desdeñosa.

—No estais hoy de vena para adivinar, señor, dijo cruzando sus brazos sobre su escuálido pecho. Felice Tavola llegó vivo á este aposento, y como yo no he hecho mas que mi deber, no tengo que buscar subterfugios.... Felice Tavola ha muerto aquí, en el mismo lugar en que vos estais!

Beldemonio no pudo contener un ligero estremecimiento.

—Muerto!..... quién le ha dado muerte? preguntó.

—Yo!

Era aquello una cosa tan inverosímil, que Athol vaciló en creerlo. Tavola, un jóven vigoroso, ágil, valiente, muerto por aquel viejo agonizante!

Athol consideraba aquellos brazos de esqueleto, y aquel pobre pecho hueco, que se fatigaba al menor esfuerzo.

Se le ocurrió una idea.

—Estaba encadenado! dijo.

—Nuevo error, maestro! replicó Johann Spurzheim; las limas inglesas enviadas por vos, habian servido para aserrar sus grillos; tenia las manos libres.

Su dedo estendido señalaba la mesa. Athol pudo, en efecto, ver ahí los grillos hechos pedazos.

Mientras que guardaba silencio, Johann replicó:

—El artículo 7 de la regla manda á todo caballero, que haga justicia por su mano, cuando haya traicion.

Beldemonio tenia los ojos bajos, y parecia hundido en una profunda meditacion.

—No he descargado el golpe, añadió Johann, sino en el momento en que Felice Tavola, traidor á sus hermanos, me ha probado que queria revelar tambien los secretos del Gran Maestre.

--Y qué pruebas tienes tú de su traición? preguntó Beldemonio.

--La conciencia del maestro será mi juez.

--Esplícate!

--El maestro ha visto la amenaza..... yo, yo he visto la ejecución de la amenaza. ¿Quién se atrevería á dudar de las palabras reunidas del Porporato y de David Heimer?

Athol no tenia nada que responder, supuestas las costumbres de la Sociedad de que era jefe.

Athol sentia dentro de sí una voz que le decia: "Hay traición; pero el traidor no es Felice Tavola."

Pero nada habia que sirviera de apoyo á esa creencia.

Johann, además, habia obrado en el pleno goce de su derecho.

Más todavía; Johann habia cumplido con su deber.

Esa amenaza, tan perfectamente apropiada á la situación de un prisionero abandonado por sus cómplices; de un prisionero que desde el fondo de su calabozo oye el ruido de los trabajadores que levantan su cadalso; esa amenaza, escrita con el alfabeto del Silencio, Athol mismo era quien la habia lido sobre la pared del calabozo de Tavola:

Me han olvidado; me vengo.

Pero Johann Spurzheim, como podia saber que existia esa amenaza? y sobre todo, que Beldemonio la habia leído?

Esta idea atravesó como un relámpago la imaginación de Athol.

--Está bien, David, dijo; nuestra regla condenaba al desgraciado Felice Tavola, y tú te hiciste su verdugo.... muy á tu pesar, sin duda....

--Sí, maestro, muy á mi pesar.

--Era tu deber; el consejo te juzgará..... Yo he perdido mi tiempo; voy á tratar de emplear mejor el resto de la noche.

Y se levanto, afectando la mayor tranquilidad.

--Maestro, le dijo Johann, no hemos acabado aún.

--Qué me quieres?

--El artículo 41 de la regla concede al caballero Herrero que ha castigado al traidor, el derecho de escojer y presentar al consejo, á aquel que debe usar el anillo en lugar del muerto..... Reclamo ese derecho.

--Te pertenece, respondió Athol haciendo un movimiento para retirarse.

--Vuestra señoría no desea saber el nombre del Compañero que he escojido?

Athol se volvió y respondió:

--Si es amigo mio, qué me importa?..... Si es mi enemigo, ¡ay de él!..... Adios, David Heimer. Te repito al partir lo que te decia hace un momento: no te creo tan loco que quieras luchar conmigo!

Se dirigia hácia la puerta, cuando Spurzheim repitió por la segunda vez:

--Maestro, no hemos acabado aún.

Athol se volvió, y lanzó sobre él una mirada tan aguda, que Johann esperiméntó una sensación de frio en el corazón.

--Este es mas fuerte que yo, pensó en el primer momento; este me matará!

Pero la fuerza moral de aquel hombre, parecia estar en razón directa de su terrible enfermedad física.

Replicó con un tono firme:

--No hemos acabado, porque no hemos hablado todavía de vos!

--De mí! repitió Athol.

--Maestro, dijo Johann, me habíais encargado de diversas comisiones; he cumplido con ellas.

--Me esperan..... murmuró Athol, cuya mirada se deslizó hácia el reloj.

El reloj señalaba mas de la media noche.

--Os espefan, señor, hace ya tanto tiempo--replicó Spurzheim con cierta amabilidad--que un cuarto de hora de mas ó de menos no importa mucho!

--Han venido á buscarme aquí? preguntó Athol.

--Muchas veces..... y debo deciros que han corrido respecto á vos, extraños rumores en el palacio Doria..... Como os es imposible confesar la tarea en que habeis empleado vuestra noche.....

--Tal vez he cumplido mas de una tarea, señor David, le interrumpió Athol con una orgullosa sonrisa.

Johann se inclinó en silencio; despues de lo cual replicó:

--Sé que muy raras veces vuestra señoría necesita de ayuda.....

No es de ese punto de lo que yo deseaba hablar á vuesencia..... querria tan solo decirle tres cosas: la primera tiene relación con los dos niños de Catania.

Athol se acercó inmediatamente.

--Están en Nápoles, prosiguió Johann; y antes que el dia de mañana haya terminado, los habré puesto en vuestras manos.

--Si haces eso, David, exclamó vivamente Athol, muchos pecados podrán ser perdonados.

--Ignoraba, maestro, contestó éste friamente, que tuviera yo necesidad de vuestra alta clemencia.

--Tengo la certidumbre de ser comprendido cuando hablo, dijo con séquedad Athol. Adelante!

--La segunda noticia que queria daros, señor, continuó el director

de la policía real, tiene relacion con la viuda de mi antiguo y adorado señor Mario, conde de Monteleone.

—Ah!..... dijo Athol, que no pudo menos de sonreirse; y qué vas tú á revelarme relativo á la viuda de Mario Monteleone?

—Lo mismo que de los dos niños de Catania: está en Nápoles.

—Estás bien seguro de ello?

Athol volvió el rostro al hacer esta pregunta.

Johann Spurzheim respondió con gran serenidad:

—Estoy seguro, señor..... Sé tambien que uno de los Caballeros del Silencio ha ido esta mañana á recibirla á bordo del *Pausilippo*..... que ese caballero no ha dado aviso al consejo..... y que se encuentra, por lo mismo, en el caso previsto en el artículo 3 de la regla....

—Adelante! dijo Athol; el Caballero del Silencio á quien tú aludes, es superior á la regla.....

—La regla es superior á todos! pronunció gravemente Johann.

—Te digo que pases adelante! exclamó Athol, dando con impaciencia una patada en el suelo.

—Estoy aquí para obedeceros, maestro, murmuró Johann bajando los ojos.

Y prosiguió inmediatamente:

—El tercer punto, es relativo á un hombre que muy frecuentemente me recomendábais buscar..... No tengo necesidad de recordar á vuesencia, con qué infatigable celo he ejecutado vuestras órdenes.....

—De qué hombre habláis? le interrumpió Athol.

—Hablo del calabrés Manuele Giudicelli.

De un salto, Athol se puso junto á Johann.

—Lo habeis hallado! exclamó.

—Señor, respondió Spurzheim; ahora comprendo cuán grande interés teníais en apoderaros de ese hombre..... No quiero atribuirme el mérito de haberlo descubierto..... la casualidad es la que lo ha puesto entre mis manos.

—Espero que no lo habeis dejado escapar.....

—Oh! mucho cuidado he tenido!

—Está en vuestra casa?

—Está aquí..... en este aposento.

La mirada de Athol dió involuntariamente vuelta al gabinete.

—Levantad esa cortina, señor, dijo Johann señalándole el lienzo tendido frente á la mesa.

Athol obedeció, y retrocedió muchos pasos al ver los dos cadáveres.

El del pobre agente número 133, estaba cubierto por la sombra de la mesa. No se veía mas que su rostro pálido, coronado por su luenga cabellera gris.

El de Felice Tavola, colocado mas adelante, tenia la cabeza apoyada sobre el cuadril del agente, como sobre una almohada.

—Manuele! Manuele! exclamó el caballero de Athol con una emocion profunda. Sí..... debe ser él..... Así es como yo me figuraba al último servidor de Mario Monteleone.

—Maestro, le interrumpió Johann Spurzheim, fingiendo equivocarse en el sentido de sus quejas; no tengais ningun temor; yo he conocido personalmente á Manuele Giudicelli en el Martorello..... Es él, os lo afirmo.

Athol se volvió hácia Johann. Sus miradas lanzaban rayos.

—David Heimer, dijo, pálido con los esfuerzos que hacia para contener su cólera; tú me responderás de este asesinato!

Johann permaneció inmóvil, y no respondió.

Solo despues de un largo silencio, y mientras que Athol, arrodillado, tocaba el pecho del desgraciado Manuele, el director de la policía dijo:

—Vos me habíais señalado á este hombre, señor, pero no me habíais dicho vuestros secretos..... He debido figurarme, pues, desde luego, que ese hombre era vuestro enemigo, y por consecuencia, el enemigo de la asociacion.....

—Lo has asesinado por darme gusto, no es eso, David? dijo Athol amargamente.

—Lo he matado, replicó Johann, porque mis previsiones se han realizado..... No tan solo ese hombre era vuestro enemigo y el nuestro, sino, puedo decirlo, no teniamos en Nápoles un enemigo mas peligroso que él!

—Pero cómo lo has matado? exclamó Beldemonio levantándose bruscamente. Cómo los has matado tú! á Tavola, jóven, robusto, terrible en la lucha; á Manuele, mas débil y gastado ya por la edad, pero que te hubiera derribado con solo su soplo?.....

—Cuando se trata de vuestro interés, maestro, y del de mis hermanos, contestó Johann, soy fuerte.

Y como Athol le lanzase esa mirada que se fija en los reptiles al propio tiempo despreciables y terribles, Spurzheim prosiguió sonriéndose:

—Hay un hombre mas fuerte que Tavola, mas fuerte que Tavola y Manuele reunidos..... mas fuerte que diez hombres, que cien hombres..... Este no ha hallado aún su par; los mas bravos lo conocen, y lo temen..... los mas audaces se ponen pálidos, y tienen frio en el corazon, cuando pronuncian su nombre..... el nombre del Porpora. to, maestro..... ese nombre que es nuestro estandarte y nuestra gloria..... Pues bien, este hombre, este gigante, me ha amenazado hace un instante, á mí, pobre gusano.... No es como si ya estuviera yo aplas-

tado?..... Tenia yo, puesto que me amenazaba, y que su fuerza es tan grande como mi debilidad, el derecho de defenderme!.....

Señor, os lo digo con toda verdad; me hubiera sido tan fácil tomar la vida del gigante, como le es fácil al gigante en este momento, empleando vuestras propias espresiones, derribarme con solo su soplo..... Me habeis pertenecido con el mismo título que Manuele; con el mismo título que Felice Tavola; me debeis la vida!

Al decir esto, se enderezó sobre sus piernas temblorosas, y presentó á Beldemonio aquella muleta, aquel instrumento de viento que tan rudamente habia probado su virtud aquella noche.

—Esto es el rayo, dijo; el rayo silencioso que hiere, sin producir ruido acusador..... habeis estado con la espalda vuelta hácia mí, mas de un minuto.... no se necesita mas de un segundo para apuntar.... Os lo repito, maestro, vuestra vida ha estado en mis manos..... Si no hay aquí ahora tres cadáveres, en vez de dos, es porque he querido perdonar vuestra brillante juventud, á riesgo mismo de los pocos y miserables dias que tengo que pasar aún sobre la tierra!

Athol tomó el instrumento, y lo examinó.

—Maestro, continuó Johann Spurzheim, aprovechándose de aquel momento para defender su causa; se juzga á un hombre por sus actos, es claro; pero tambien es preciso tener en cuenta el móvil que ha podido impulsarlo..... Pluguiese al cielo que yo fuese tan irreprochable y puro á los ojos de Dios, que va pronto á llamarme á su tribunal, como lo soy ante vos y mis hermanos..... He matado, yo que voy á morir! pensais que mi corazon no haya temblado?..... He matado á un hombre que ha sido mi compañero!..... He matado á un pobre viejo, que jamas me habia hecho mal!..... Por qué?..... Por mi propio interes?..... Ay! para qué?..... Qué me importan ya todas las cosas de esta tierra?..... He matado, á pesar mio; he matado por vos!..... He matado, porque la traicion del primero, y las revelaciones del segundo, iban á ser causa de una gran desgracia..... Felice Tavola por venganza, y Manuele por ganar un poco de oro, habian jurado la ruina de la asociación..... Tavola no sabia á quién habia cuando entro aquí; vuestro nombre fué lo primero que salió de sus lábios..... Como delator es como lo he castigado..... Manuele era espía de la policía; registrado, y encontrareis sobre él su diploma, su número, y los secretos que habia sorprendido..... El artículo 8 de la regla condena al espía, sea quien fuere..... No eran, pues, conchas ó amenazas lo que yo esperaba de vos, maestro..... merecia elogios!

Mientras que hablaba de aquel modo, Beldemonio habia abierto el

pobre gaban de Manuele, y registrado sus bolsillos. Sacó los papeles que Johann habia examinado antes que él.

Johann se defendia á sí propio. El cuidado de su defensa le entorpecía un poco su vigilancia de costumbre. Sin esto, hubiera visto que Athol, al tomar los papeles del agente, se habia estremecido.

Muy levemente, puesto que el movimiento se escapó á la mirada de Johann.

Pero en fin, se habia estremecido, y el reverso de su mano habia permanecido aplicado contra el pecho de Manuele, un instante mas de lo que era necesario para apoderarse de la cartera.

Johann no podia ver el rostro de Athol.

Las facciones de éste habian sufrido un vivo y notable cambio. La emocion que manifestaban al presente, era nueva y de una especie muy diversa. Habia en sus ojos la luz de la esperanza. Su corazon latia con violencia.

Habia sentido un movimiento sobre la camisa húmeda de Manuele

Felice Tavola, herido algunos momentos despues, tenia ya en todos sus miembros el frio de la muerte.

Manuele conservaba cierto calor. No habia allí, pues, mas que un cadáver.

Athol se volvió teniendo en la mano la cartera.

—Leed—replicó Johann—y juzgad si me era permitido dejar vivir al que traia al director de la policía real, por primer botin, el alfabeto del Silencio!

Beldemonio abrió la cartera, y leyó al acaso algunas piezas. Su pensamiento estaba en otra parte.

Entre las piezas que Johann no habia tenido tiempo de examinar, se hallaba una, cuya sola vista hizo dar un vuelco al corazon de Athol. La reconoció á la primera mirada.

Era una carta, cuyo papel amarillento y luido revelaba un largo tiempo de existencia.

Era la carta que Athol mismo habia dejado para el buen Manuele en una posada de Salerno, ejecutando, aunque muy tarde, la mision de que se habia encargado en el castillo del Pizzo.

Era la carta escrita por Mario Monteleone en su calabozo, durante las horas solitarias y tristes de su noche postrera.

—David Heimer, dijo Athol; habeis obrado segun vuestro deber, lo reconozco..... Lo que habeis hecho trastorna mis proyectos; pero vos no conociais mis proyectos..... He dicho un dia—acordaos bien—no quiero mas sangre..... Añado hoy: la asociacion no necesita ya sangre..... Vuestra conducta será sometida al consejo.

—Tengo en mi favor mi conciencia, maestro, dijo Johann desvergonzadamente.

Pero no os vayais os ruego—se interrumpió, viendo que Athol guardaba en su bolsillo los papeles de Manuele, y se preparaba á retirarse. Por la tercera vez os digo: no hemos acabado aún.

—Qué mas hay todavía?

—Vuestra señoría, en las circunstancias en que nos encontramos, me debe espresamente auxilio y proteccion..... Soy muy débil para hacer desaparecer esos dos cadáveres.

Aguardaba tal vez una negativa.

La prontitud con que Athol accedió á su peticion le turbó.

Athol, en efecto, cogió el cuerpo de Manuele y lo cargó sobre sus espaldas.

Antes de esto, habia tomado del dedo de Felice Tavola su anillo de hierro.

—Hé aquí lo que habeis ganado, David; le dijo entregándoselo.

Luego, se dirigió hácia la puerta con su carga áuestas. La sangre de Manuele corria sobre su camisa.

—Por lo que hace al otro, dijo al pasar la puerta, voy á enviaros á Cucuzone para que se lo lleve.

Johann no respondió.

Miraba correr la sangre de Manuele.

Cuando quedó solo, sus dos manos se crisparon sobre su pecho, y murmuró, dejándose caer anonadado sobre su sillón:

—No he hecho nada!..... ese hombre no está muerto!.....

XIII.

LA LEYENDA DE SAN GENARO.

PETER Paulus quiso consultar su reloj, al despertar sobre un banco en la oficina de policia; pero la girella habia sido causa de que no se conservase en su bolsillo tal alhaja. No pudiendo hacer otra cosa, se contentó con mirar el reloj de la oficina. Señalaba mas de la media noche.

Era la hora en que, hacia ya doce años, salia habitualmente del *Cotton's and international-club* para entrar al redil de la casa de *Marjoram, Watergruel, &c. C^o*. Una cláusula de su contrato consistia en que jamas entraria á horas indebidas.

Cuán fácil era la vuelta al salir del *Cotton's and international-club* y hélo aquí ahora, por el contrario, en medio de la soledad, de las tinieblas, de lo desconocido!

Qué camino tomar para volver al hotel de la Gran Bretaña? Cuántos peligros no debia ocultar la oscuridad en esa ciudad maldita, en donde Peter Paulus habia sufrido ya tanta malaventura!

Ciertamente habia un medio de evitar todos los peligros nocturnos de Nápoles; y era dormir en la oficina de policia!

Peter Paulus preferia la calle.

—Estoy preso aquí? dijo á media voz á Privato, la única alma viviente que hubiese con él en el aposento.

Privato se encogió de hombros y continuó escribiendo.

Peter Paulus tuvo cuidado de no renovar su pregunta. Se deslizó hácia la puerta.

No habia ni un solo farol encendido en toda la plaza del Mercado,

que estaba negra como un horno. Ninguna luz brillaba detrás de las ventanas.

Sin embargo, Peter Paulus pudo ver distintamente lo que pasaba á algunos pasos de distancia, á causa de los faroles del coche, que permanecía estacionado delante de la casa de Johann Spurzheim.

Cerca de la portezuela, aquel raro individuo que usaba un traje de fantasía, el *elástico* de la fuente de las Tres Vírgenes, ayudaba á otro personaje á cargar dentro del coche un objeto pesado y de considerable volúmen, cuya naturaleza trató vanamente en un principio de reconocer Peter Paulus.

El compañero de Cucuzone estaba en mangas de camisa, y permanecía en las sombras.

Peter Paulus le oyó que decía:

—Cuidado!... que vas á romperle la cabeza contra la rueda!...

Y Cucuzone respondía:

—Puesto que está muertol!...

Aquella palabra bastó para abrir los ojos de nuestro inglés. La masa confusa tomó para él una forma: era el cuerpo de un hombre!

Y semejantes cosas pasaban delante de la puerta misma del director de la policía!

Peter Paulus queria dudar aún; tan imposible así le parecia el hecho. Pero bien pronto, ni aun la duda le fué permitida!

—Cómo se desangra! dijo Cucuzone. Los cojines del coche van á quedar todos manchados!

—Empuja un poco! mandó el otro personaje; vamos! firme!... adelante!

Los vestidos usados del pobre difunto cedieron á este esfuerzo, y un giron de ellos se quedó en las manos de Cucuzone.

Su compañero dejó escapar un grito de terror.

La cabeza del cadáver quedó de pronto colgada, á muy pocas pulgadas del suelo.

—Pardiez! murmuró el Saltarello; no tengais cuidado, que el pobre diablo no morirá por segunda vez!

En esta posicion nueva, la luz de una de las linternas del coche iluminaba oblicuamente la cabeza del difunto. Peter Paulus distinguió con horror las facciones de un anciano, cuyos largos cabellos grises barrieron por un instante el suelo.

Hubiera querido huir, pero sus piernas vacilantes estaban como paralizadas.

Al fin, el cuerpo fué metido dentro del coche.

El hombre en mangas de camisa fué á hablar en voz baja al coche-

ro, y á su vez su rostro se iluminó vivamente, colocado como quedó frente al farol.

Peter Paulus se estremeció de asombro, en medio de su terror.

Reconoció á aquel hombre, y le pareció que una luz penetraba repentinamente en su cerebro!

El grupo entero de la fuente de las tres Vírgenes estaba allí!

El hombre en mangas de camisa era el hermoso pescador que permanecía recargado contra la pared, al pié de la madona; y por consecuencia era el mismo elegante gracioso, que habia ido en la mañana á bordo del *Pausilippo*.

Aquel á quien habian llamado el *príncipe*.

El cochero era nada menos que el marino de la pipa, que estaba sentado en el pretil de la fuente.

El hombre con traje de fantasía era, ya lo hemos dicho, el *elástico* enrollado como gusano á los piés de los otros dos.

No faltaba, en verdad, mas que la marchesa; la vendedora de naranjas.

Peter Paulus ni siquiera intentaba esplicarse aquella rara reunion.

Se daba por vencido—como dicen los niños que juegan á adivinanzas.

Todo lo que le sucedía aquella noche sobrepasaba de tal modo los límites de lo posible, que se dejaba llevar en alas de su imaginacion, como un espectador que contempla los cambios de una fantasmagoría.

Aun cuando hubiera querido hallar una solucion, el tiempo le hubiera faltado.

El hermoso pescador de la fuente de las tres Vírgenes, no le dijo, en efecto, mas que unas cuantas palabras al cochero.

Montó inmediatamente despues al coche, en donde estaba el cadáver.

El Saltarello se acercó á la portezuela. El hermoso pescador le dijo:

—Ahora, vé á traer el otro!

El otro qué?

El carruaje se estremeció, y partió á galope.

Cucuzone permaneció solo en su lugar.

Cucuzone no sospechaba la presencia del inglés.

El coche, al llevarse las linternas, dejaba la plaza en la mas profunda oscuridad.

Peter Paulus oyó al *elástico* que murmuraba:

—Ese infernal Privato, que ha cerrado la oficina!

Era la verdad. Durante la pequeña escena que acabamos de referir Privato habia cerrado sin ruido las ventanas de la oficina.

Todo estaba oscuro, horrible, como un infierno.

Cucuzone era sin duda bravo; pero hay diversas clases de valor. La comision que le habian confiado, no era por cierto de su gusto.

Peter Paulus le oía estremecerse, como si el termómetro hubiera marcado diez grados bajo cero.

El terror, como se sabe, es una de las cosas mas contagiosas. Nuestro inglés, valiente tambien, empezaba á tener amagos de cólico.

Cucuzone quiso cantar, *para hacerse ruido*.

Pero su voz, ronca y temblorosa, puso frio en el corazon de Peter Paulus.

No habiendo hallado consuelo en la música, Cucuzone tomó su partido, y se dirigió con una evidente repugnancia hácia la calle estrecha y sombría que conducia al gabinete particular de Johann Spurzheim.

Allí era, en efecto, donde tenia que ir á buscar *el otro*.

Gruñía al andar, y decia:

—Maldita tarea! pues estoy de suerte! Y para colmo de penas, esto pasa en una noche en que la luna se ha ido á alumbrar los infiernos!

Pasó á unas cuantas pulgadas de Peter Paulus sin verlo. Pues estaba para pensar en Peter Paulus!

En la entrada de la calle titubeó un instante; pero al fin penetró, despues de haber hecho la señal de la cruz.

La calle era larga. Los dientes de Cucuzone chocaron mas de una vez en el camino, y ese ruido, que aumentaba su terror, se le figuraba entre las sombras, el que producen los pelados huesos de un esqueleto al chocar entre sí, impelidos por la brisa nocturna!

La noche se poblaba para él de fantasmas. Dios, la Virgen y San Genaro, á quienes invocaba con fervor, parecian sordos á sus ruegos.

En cierto momento oyó los pasos lejanos de Peter Paulus, que pasaba frente á la entrada de la calle.

Un sudor frio brotó por todo su cuerpo.

Un instante antes deseaba con vehemencia oír algun ruido humano. Al presente, el ruido oído le espantaba.

Habia pedido á todos los santos del paraíso una luz, algun miserable resplandor para alegrar su vista, ahogada entre las tinieblas. Cuando percibió la luz que filtraba por debajo de la puerta de Johann, estuvo á punto de caer hácia atrás.

Llegó, sin embargo, mas muerto que vivo, y llamó suavemente.

—Entrad! dijo la voz cascada de Spurzheim.

Cucuzone se volvió, creyendo que la voz habia sonado detrás de él.

Todos los espectros que pululan entre las sombras de los grandes subterráneos, de los claustros abandonados, de las antiguas iglesias y de los cementerios, estaban allí, todos, todos, colocados en una hilera interminable, á lo largo del corredor!

Cucuzone los vió, escualidos y blancos, ocultando sus calaveras bajo las sombrías capillas de sus sudarios.

Estaban inmóviles.

Pero cuando Cucuzone se movió, los vió oscilar lentamente, y á todos juntos, como las espigas maduras que mece el viento.

Eran muchos!

—Jesus me ampare! Virgen madre! San Genaro! San Genaro!

Todos aquellos espectros blancos se inclinaron.

El viento, que llegaba hasta él, á través de los fantasmas, estaba húmedo, estaba helado!

—Entrad! replicó con impaciencia la voz cascada.

Cucuzone no se hubiera vuelto, por todo el oro del mundo.

Se acercó hácia la puerta andando para atrás, y buscó el pestillo á tentadillas.

Sabeis lo que hacian los espectros? Se reían entre sus mortajas, mostrando toda la hilera, del uno al otro extremo de la calle, esos grandes dientes blancos que no tienen enúncias.

Oh! la risa de los muertos.

La puerta se abrió, y un gran suspiro de consuelo se escapó del pecho de Cucuzone.

La voz cascada dijo:

—Amigo, qué me quieres tan tarde?

Cucuzone se limpiaba el sudor helado de su frente.

La voz cascada replicó, con una espresion de inquietud:

—Quién eres tú, amigo? no tienes nada que decirme?

—*El hierro es fuerte, y el carbon es negro*, respondió Cucuzone con un tono doliente.

Luego añadió:

—No tan negro como esa infernal calle!

—Acércate! le mandó la voz cascada; has tardado mucho en responder!

Cucuzone fué á ponerse junto á la mesa. La lámpara habia sido alejada de nuevo. No se veian mas que sombras en el confesonario del director.

Pero la claridad que reinaba en el gabinete, habia bastado para hacer recobrar á Cucuzone su audacia:

Se hubiera reído de sus propios terrores, sin la idea de atravesar de nuevo aquel terrible corredor.

—Todavía no es á vos á quien tenemos que llevarnos? dijo; si he tardado, es porque no tenia prisa. Quereis que os dé una noticia? Pues gustaria mejor de estar á estas horas en mi lecho, que en vuestra respetable compañía.

—Por qué me han enviado á este chisgaravis? murmuró Johann.

—Porque no habia en donde escoger, escelencia. Si pudiérais dar un paseito, veríais que no hay mucha gente por la calle.

Se estremeció al recuerdo, é hizo dos ó tres cabriolas para restablecer la conveniente circulacion de su sangre.

Pero le faltaba á aquello naturalidad y alegría.

Tenia la idea fija de volver a atravesar el corredor; y por esta vez, con un cadáver á cuestas.

—Basta de locuras! dijo Johann. Vé á quitar el cerrojo de aquella puerta.

Señalaba la puerta por donde Pier Falcone habia salido dos horas antes, para encaminarse á la recámara de Bárbara.

Cucuzone ejecutó aquella orden, por medio de una série de saltos indios, chinos, &c, lo cual acabó de consolarle completamente.

El cerrojo fué quitado con la punta de los piés, permaneciendo Cucuzone cabeza abajo, apoyado en las palmas de las manos.

Johann pensaba:

—Si una inteligencia como la mia tuviera á su servicio la fuerza y la agilidad de este hombre!

Cucuzone tomó vuelo, tocó la cúspide del confesonario de un brinco, la salvó, apoyándose solamente con los puños, y fué á caer en pié frente al director de la policía, que estaba temblando al ver pasar aquel cuerpo sobre su cabeza.

—Amigo mio, le dijo secamente, he visto micos que trepaban y saltaban mucho mejor que tú.

—Escelencia, contestó Cucuzone, quereis ponerme celoso..... pero os prevengo que yo estoy curado de ese vicio.... En dónde está mi carga?

—Ahí! respondió Johann señalando la cortina.

—A dónde debe llevarse?

—A la playa!

Cucuzone levantó la cortina.

—Oh! oh! dijo; es ese pobre señor Felice!..... Bebia bien un vaso de vino de Grecia..... debe pesar de lo lindo!

—Tú eres robusto!

—Cuando me pagan..... qué se gana en la comision, señor?

Johann le dió una onza de oro, y Cucuzone murmuró:

—Solo las gentes de categoría saben ser generosas!

Cargó, no obstante, el cadáver sobre sus hombros.

—Ten presente esto, le dijo Johann. Si encuentras en el camino alguna patrulla, y saben de dónde procede tu carga, no despertarás mañana!

—Escelencia, replicó Cucuzone, conozco las costumbres de nuestra querida hermandad..... que Dios os guarde!

Tomó el camino de la puerta, y pasó el quicio con un paso firme, á pesar del peso de su carga.

Johann pudo oirlo que contaba al andar:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho.....

Luego, la puerta se cerró. Cucuzone iba en el noveno paso.

Hé aquí que hay una leyenda en Nápoles—la famosa leyenda de San Genaro—que dice que un hombre que lleva un cadáver, está perdido, morirá en el año, si da cien pasos con su carga.

El pobre Cucuzone, temblando, sudando la gota tan gorda, prosiguió su camino, tratando de ganar un paso en cada brinco.

Si hubiera tenido un azadon, habria cavado la fosa de Felice Tavola en el mero medio de la calle.

Morir antes del fin del año! él, Cucuzone, que hacia tan bien el salto indio y el brazo de hierro!

A pesar de todos sus esfuerzos, llevaba andados ochenta pasos cuando llegó al extremo de la calle oscura

No le quedaba mas que un capital de veinte pasos.

Y no habia medio de eludirse de la tarea que le habian impuesto!

La hermandad del Silencio no se andaba con chanzas. Cucuzone tenia datos para saberlo.

Al desembocar en la piazza del Mercato, apoyó contra la pared el cuerpo de Felice Tavola, que comenzaba á entesarse, y se limpió con ambas manos el sudor que corria por su frente.

Se acostó enroscado sobre el suelo, en su postura favorita, y se puso á reflexionar.

Hacia poco mas ó menos un minuto que estaba así, cuando oyó un paso precipitado atravesar la plaza. Era un hombre que corria con toda la lijereza de sus piernas; que sollozaba al correr, y llevaba la cabeza descubierta.

Aquel hombre se lanzó á todo correr por el vicoletto Albanese, estrecho callejon retorcido, que daba una vuelta entera en torno de la plaza, como ciertos corredores destinados al servicio interior de las casas.

Todas las casas y tiendas de la parte oriental de la plaza tenian una salida á ese callejon.

Cucuzone no prestó, por el pronto, á este incidente, mas que una atencion muy mediana. Tenia cosas mucho mas sérmas de que ocuparse, para pensar en tales bagatelas.

Veinte pasos! Uno mas, y estaba en las condiciones de la leyenda de San Genaro!

Y si huía, dejando allí el cadáver, como tenía tan buenos deseos, entonces no había que esperar ni aun el fin del año para irse al otro mundo!

Por segunda vez, aquel páso precipitado se dejó oír en la plaza. El hombre que corría de aquel modo parecía muy fatigado. La luna, en su cuarto menguante, se levantaba por encima de los techos de la parte antigua de la ciudad. La noche no estaba ya tan oscura como poco antes.

Al vago resplandor de la luna, Cucuzone pudo ver pasar rápidamente á aquel personaje, que corría con una especie de rábía.

Sus quejas se percibían mas y mas claras. Desapareció, como la primera vez, en el callejon Albanese.

Cucuzone no volvió á pensar en él.

Pero, cosa verdaderamente estraña! al cabo de otro minuto empezó de nuevo la misma carrera. Esto se hacia raro. En Nápoles se hacen muy pocas apuestas.

Era el mismo hombre, pero mucho mas cansado.

Cucuzone se levantó de un brinco, y cogió de nuevo su carga. Habia reconocido á Peter Paulus Brown, de Cheapside.

Lo demas se adivina fácilmente. El digno esposo de Penelope, aturdido por sus desventuras y sus terrores, habia querido tomar el camino del hotel de la Gran Bretaña. Habia entrado al acaso en aquel pérfido callejon, que le habia traído fielmente al punto de su partida, despues de haberlo hecho rodear la plaza.

Ya se sabe cómo engaña la oscuridad. Entre las tinieblas, se le escapaba la curba del callejon; y luego, el pobre *subdito* inglés estaba como ébrio.

Cuando hubo dado dos ó tres vueltas corriendo, le acometió un *patatús*. El terror, el cansancio, la cólera, le trastornaron el cerebro. Tuvo confusamente la idea de que era víctima de una especie de sortilegio. Nápoles, esa ciudad enemiga, llena de peligros, de tropiezos, de encantos para él, se animó, y le parecia que se movía, haciendo avanzar sus casas, sus edificios, como si éstos fueran las patas del inmenso mónstruo.

Y corría, encarnizándose en hallar un paso, por aquella vía que le traía siempre al mismo punto.

Sudaba, gritaba, pateaba, corría! Sus ideas se trastornaban mas y mas. Se iba volviendo loco.

El plan de Cucuzone fué formado en un abrir y cerrar de ojos.

Hizo una cabriola en su lugar, y sintió su corazon mas ligero que una pluma.

Cargó de nuevo á Felice Tavola sobre sus espaldas, y ganó el centro de la plaza en quince pasos, vigorosamente espaciados. Le quedaban así, cinco pasos para cualquier caso imprevisto

El punto que ocupaba impedia el paso al fanático corredor. Este se presentó bien pronto en el otro extremo de la plaza. Su carrera era convulsiva y desordenada. La faltaba positivamente el aliento. No veía nada. Con sus vestidos en désorden, sus cabellos amarillos erizados, iba á estrellarse contra Cucuzone, cuando éste le gritó con una voz sonora:

—Deteneos!

Peter Paulus no anhelaba otra cosa; pero el choque que experimentó al ruido de aquella voz, que retumbó en su oído como un rayo, lejos de contener su empuje, le hizo perder el equilibrio.

Vino á estrellarse contra el pobre Felice Tavola, que Cucuzone le opuso á guisa de escudo.

—Lo habeis matado! dijo éste, dejando caer el cadáver.

—Yo pide moch perdon..... murmuró Peter Paulus.

—Lo habeis matado! repitió el Saltarello; me oís?

Peter Paulus lanzó un gemido.

—Este ser el comble del infortunio!.... sollozó; yo ser matador.... fourmalement.....

Y se quedó con los brazos colgados, inmóvil, como un dios Termino.

Cucuzone, aprovechándose cobardemente de sus ventajas, levantó el cadáver, y lo cargó sobre las espaldas de Peter Paulus, diciendo:

—Qué Dios os perdone!..... No os queda mas que irlo á echar al agua!

Luego huyó á todo correr, contento y orgulloso, porque habia economizado cinco pasos.

Peter Paulus quedó solo, ébrio, loco, trastornado, aterrorizado, muerto, sin piernas, ni brazos, ni cabeza, en medio de aquella plaza desierta, con un cadáver á cuestas!